

Apresuré los preparativos de mi viaje, y casi no me quedaba que hacer otra cosa que subir al coche, cuando dos palabras de M. de Villele me hicieron saber que M. de Montmorency había presentado su dimisión. M. de Villele me ofrecía la cartera vacante, por orden del rey. Pasé aquella noche en una agitación increíble, y en la mañana del 26 escribí á M. de Villele la siguiente carta:

«Mi querido amigo: la noche da consejos: no es conveniente para vos ni para mí que yo acepte en estos momentos la cartera de Negocios Extranjeros. Vos habeis sido siempre muy bueno para mí, al paso que no siempre he debido hallarme satisfecho de M. de Montmorency, pero al fin pasa como amigo mio, y sería en mí algo desleal el tomar su cartera, especialmente despues de los rumores que han circulado, pues no se ha cesado de decir que yo quería derribarle, que intrigaba contra él, etc., etc. Si hubiese permanecido en un rincón del ministerio, ó el rey le hubiese dado un inmenso retiro, como el empleo de *Montero Mayor*, las cosas cambiarían de aspecto; pero aun entonces quedarían en pie nuevas dificultades.

Sabeis, mi querido amigo, cuán adicto os soy; tengo la fortuna de serviros con bastante eficacia cerca de esa fracción realista contraria á vuestro sistema. Yo los calmo, detengo y enfreno, mediante la confianza que tienen en mí, dentro de los límites de una justa moderación; pero perdería inmediatamente toda mi influencia, si entrase en el ministerio sin traer conmigo dos ó tres hombres, de esos á quienes es fácil desarmar, pero que serían en extremo peligrosos en la próxima legislatura, sino podeis arreglarlos con ellos. Creed, mi querido amigo, que el momento es crítico. Podeis manteneros veinte años en el puesto que ocupais, y elevar la Francia al mas alto grado de prosperidad, ó podeis caer antes de dos meses y volver á hundirnos en el caos. Esto depende enteramente de vos y del partido que vais á tomar. Yo os suplico, en nombre de la amistad y de mi lealtad política, que aprovecheis la ocasión que se presenta para consolidar vuestra obra. Por lo demás, apruebo mucho que toméis la cartera de Negocios Extranjeros, como la teniais, *interinamente*. Esto os dará el tiempo necesario para ver venir y arreglar los negocios. Debo también deciros con franqueza que hay un ministro de Negocios Extranjeros que pudierais elegir, á cuyas órdenes yo no podría servir, y mi dimisión sería un gran mal en estos momentos. Hé aquí, mi querido amigo, una parte de las mil cosas que tengo que deciros. Nos veremos y hablaremos. Estad, por lo demás, persuadido de la verdad de que mi suerte política está unida á la vuestra, y que con vos continuaré en mi puesto ó caeré.»

En cambio de esta carta, M. de Villele me envió el siguiente billete:

«He recibido vuestra carta, mi querido Chateaubriand, y no puedo decidirme á presentarla al rey, antes de haberos visto; ¿podeis recibirme un momento antes de una hora?»

Vuestro de corazón,

JOSÉ DE VILLELE.»

Vi á M. de Villele, y le hice todas las reflexiones que me parecieron á propósito para decidirle á dejarme marchar. Fué á ver al rey, y este me envió á llamar; habló conmigo mas de una hora, habiendo tenido la bondad de instarme; yo me resistí respetuosamente, pero concluyó diciéndome: «Te mando aceptar.» Obedecí, pero con un verdadero disgusto, porque en el acto conocí que el ministerio sería mi muerte. El martes 1.º de enero de 1823, pasé los

puentes, y fuí á acostarme en ese lecho ministerial que no estaba hecho para mí; lecho donde apenas se duerme y donde se permanece poco.

Es, pues, falso que hubiésemos deseado la caída de M. de Montmorency. Al ir á tomar mi pasaporte para Londres, hallé en el ministerio de Negocios Extranjeros á M. Bourjot, y le dije que aunque se hablaba de mí para ministro, estaba todavía lejos de haber accedido á reemplazar un hombre del mérito de M. de Montmorency. Todo cambio en el personal de los negocios ocasiona disidencias, pues el ministro que sale tiene partidarios que hablan mal del que entra. Esto es muy sencillo y solo interesa á los dos ministros, al paso que el público ó no se ocupa de ellas, ó se rie de estas miserables rivalidades. No conservo el mas ligero recuerdo desagradable de todo lo que entonces pudo decirse; yo me proponía únicamente probar que mi respeto á M. de Montmorency había sido tan grande y completo como podía serlo. El duque de Mathieu era, como yo, superior á todas estas declamaciones políticas, y lo demostró. Anunciándome en una carta de 1821 que había sido nombrado ministro de Negocios Extranjeros, me decía: «Debeis dar crédito al sincero afecto del hombre que hace mucho tiempo os es fiel, y que no puede menos de agradecer la manera con que muchas veces le habeis favorecido.» El 27 de febrero de 1823, dos meses despues de mi entrada en el ministerio, me escribía: «Yo no quiero esperar, noble vizconde, el primer día en que tenga la seguridad de hallaros, para daros gracias por la manera favorable en que habeis hablado de mí en vuestro gran discurso. He llegado por desgracia demasiado tarde para oírlo, y acabo de leerlo con el mayor interés. Habeis estado especialmente oportuno en lo relativo á la Inglaterra, y este es un punto esencial.

Por lo demás, para contemporizar con los intereses de este lado, como de todos los demás, permitidme os diga que espero ser tambien de vuestra opinión: «*Démosnos prisa á obrar respecto de España.*»

XXXVI.

Luis XVIII.—Su poca inclinación hácia mí.

M. de Villele, al ofrecermé el ministerio de parte del monarca, se había expresado con una amistad modesta, porque lejos de hallar á S. M. inclinado en mi favor, le había costado un gran trabajo determinar su voluntad; los reyes no tienen mas atractivo para mí, que el que yo tengo para ellos; les he servido como mejor he podido, pero sin interés y sin ilusiones. Luis XVIII me aborrecía, porque tenía respecto de mí, envidia *literaria*. Si no hubiera sido rey, hubiera sido miembro de la Academia, y se hubiera mostrado dócil al espíritu de antipatía de los clásicos contra los románticos. Su magestad me conocía poco; yo le cedía voluntariamente la palma, pues nada dispueto á nadie, ni aun á un poeta porta-cetro; no conozco á literato alguno detrás del cual no me sienta muy sincera y humildemente dispuesto á eclipsarme.

No obstante, conseguí agradar al rey mas allá de lo que hubiera podido pensarse, y de tal manera, que llegué á causar miedo por mi crédito á mis colegas. Su magestad se dormía con mucha frecuencia en el consejo, y tenía mucha razón, porque si no dormía relataba historias. Tenía un admirable talento mimico, lo que no gustaba á M. de Villele, que quería ocuparse de negocios. M. de Corbiere ponía sobre la mesa sus codos, su caja de rapé y su pañuelo azul; los demás ministros escuchaban silenciosamente. Yo no podía menos de divertirme con las relaciones del rey, y él por su parte, se alegraba visiblemente de ello. Cuando advertía su buen éxito, antes de empezar una historia, buscaba una excusa y decía: «Voy á hacer reír á M. de Chateaubriand;» y en efecto, yo era en

estos casos un cortesano tan natural, que me reía como de real orden.

Por lo demás, M. de Villele no logró que S. M. me eligiese, sino porque apenas tenía mas inclinación hácia M. de Montmorency que hácia mí. Entre nuestros reyes, es una tradición la desconfianza de los nombres; desconfianza que se trasmite de reinado en reinado; su tenaz memoria se acuerda de las guerras de los grandes vasallos; alquilan á los nobles como criados, porque los quieren en su guarda-ropa, y les temen en sus consejos.

M. de Montmorency disgustaba á Luis XVIII por su vida antigua y por su vida nueva, por sus opiniones pasadas y por sus virtudes presentes.

XXXVII.

Historia de las sociedades secretas en Francia.—Proclama del ejército de los hombres libres.—Todos los partidos han tenido emigrados.

No bien me vi instalado en el ministerio, volví á las ideas que me habían preocupado en Londres y en Verona, y resolví procurar la estabilidad de la restauración y la grandeza de la Francia, pues me hallaba en un puesto en donde podía obrar con eficacia. Como hombre de conciencia, y queriendo asegurarme á fondo de la justicia de la causa, me dediqué á estudiar los hechos y los acontecimientos, y me convencí mas que nunca de los peligros que rodeaban la monarquía. Las pruebas de la traición son innumerables.

Las sociedades secretas habían empezado en Francia desde la última caída de Bonaparte en 1815. La policía descubrió sucesivamente las sociedades del *Alfiler negro*, de los *Patriotas* de 1816, de los *Buitres*, de *Bonaparte*, de los *Caballeros del sol*, de los *Patriotas europeos reformados*, y la de la *Regeneración universal*. Canciones, discursos, folletos, la corte de Touquet, caricaturas, ediciones compactas impías y filosóficas, todo entró como otros tantos envenenados elementos en esas sociedades disolventes. Unos tomaban parte en ellas á sabiendas, y otros se encontraban envueltos en su acción sin saberlo: no todas conocidas, y las gentes se reían al oír hablar de ellas, y no obstante, su existencia era cierta. Los que no les daban asenso, pasaban en concepto del público, por hombres juiciosos y de gobierno, en tanto que los afiliados á estas sociedades se burlaban entre sí de estas capacidades privilegiadas y los atrapaban como á unos imbéciles. Vastas conspiraciones abarcaron en 1816 á París, y los departamentos del Ysere, del Ródano y la Sarthe. Estas asociaciones se perfeccionaron en 1820, afiliándose á los *Carbonari* de Italia, que produjeron en España los *Comuneros*. Las insurrecciones napolitana y piemontesa dieron á conocer mejor estos *Carbonari*, cuyos principios monárquicos en su origen para rechazar la dominación de Bonaparte, se convirtieron gradualmente en los de los Jacobinos de la Francia.

Las diferentes sociedades mencionadas se fundieron en París en la de los *Carbonari*. Estos estaban divididos en secciones llamadas *Círculos* ó *Ventas*; había Ventas particulares y Ventas centrales, Altas Ventas y una Venta suprema ó comité directivo. Nadie podía ser admitido al primer grado de la asociación, esto es, la Venta particular, á no mediar el testimonio de carbonarios aprobados; era preciso patentizar que se aborrecía la legitimidad, á no ser militar á media paga ó retirado, porque en este caso se consideraban como hechas las pruebas de este aborrecimiento.

La Venta particular no excedía de veinte miembros llamados *Buenos primos*. El que era descubierto, se decía estar en la ley. Los diputados de veinte ventas

particulares componían una Venta central; esta se comunicaba por medio de un diputado con la Alta Venta, la cual, á su vez, recibía por conducto de un emisario la orden de la Venta suprema ó comité directivo. Cada *Carbonario* no conocía sino á los miembros de su Venta.

Todo *Carbonario* debe conforme al artículo 55 de los estatutos, *guardar el secreto de la existencia de la Carboneria, de sus signos, de su reglamento, y de su objeto respecto de los profanos.*

Artículo 60, título V: *El perjurio, siempre que tenga por objeto revelar el secreto de la Carboneria, será castigado con la pena de muerte.* El crimen se juzga en secreto, y uno de los Buenos Primos es el designado por la suerte para ejecutar la sentencia.

Los *Carbonari* no escribían, y no se comunicaban entre sí, sino verbalmente; se revelaban unos á otros por medio de medias cartas recortadas que se adaptaban á otras medias. Tenían palabras de paso y de orden, señales de la mano y de los brazos; unas veces, por medio de la unión de los dedos, formaban las letras C y N doble; otras pronunciaban las palabras *Speranza* y *Fede*, y separaban las sílabas *Cari-tá*.

Las letras C y N doble, significaban Jesucristo y su Padre; la Fe, la Esperanza y la Caridad eran su interpretación misteriosa. Estos ateos marchaban bajo el estandarte de los cristianos; todas las revoluciones del globo vienen á colocarse á la sombra de este *lábaro* que ha dado la señal del cambio de las tierras. El carbonarismo venía de Italia, y la Madona saludada por los *Piferari* en los bosques, había presidido á la libertad.

Los *Carbonari* se obligaban á obedecer ciegamente á la Venta suprema, y debían estar provistos de un fusil, de una bayoneta y veinte y cinco cartuchos; tenían además, puñales, é imponían en la caja comun cinco francos al entrar en la sociedad, y un franco mensual. Su número ascendía en Francia á mas de 60,000. Los miembros invisibles de la Venta suprema se ocultaban en el fondo de un santuario impenetrable. Desde este *Santa Sanctorum* enviaban á la muerte á los *Corbinari* vulgares, prometiéndoles derramar ardientes lágrimas y frecuentar su tumba.

En el transcurso de 1821, treinta y cinco prefectos denunciaron sociedades de *Carbonari*. París tenía centenares de Ventas: la *Victoriosa*, la *Sincera*, el *Triunfo*, la *Washington*, la *Belisario*, la *Westermann* y los *Amigos de la Verdad*. Manteníanse en cuevas sombrías, en aposentos misteriosos y en desvanes desconocidos como los conciliábulos de las brujas. Una especie de conscriptos para los motines cobraban su paga á la luz del día, y los presos recibían socorros en las cárceles. Los tumultos de julio de 1819 y la conspiración del 19 de agosto de 1820, empezaron la acción de los afiliados. En diciembre de 1820 se verificó la fuga del coronel Duvergier; los carbonarios franceses se pusieron en camino para ir á socorrer á los hermanos de la *Fontana de Oro*, y desde Madrid debían marchar con los españoles á las fronteras de Francia bajo la bandera tricolor, y á su paso infestaron nuestro cordón sanitario.

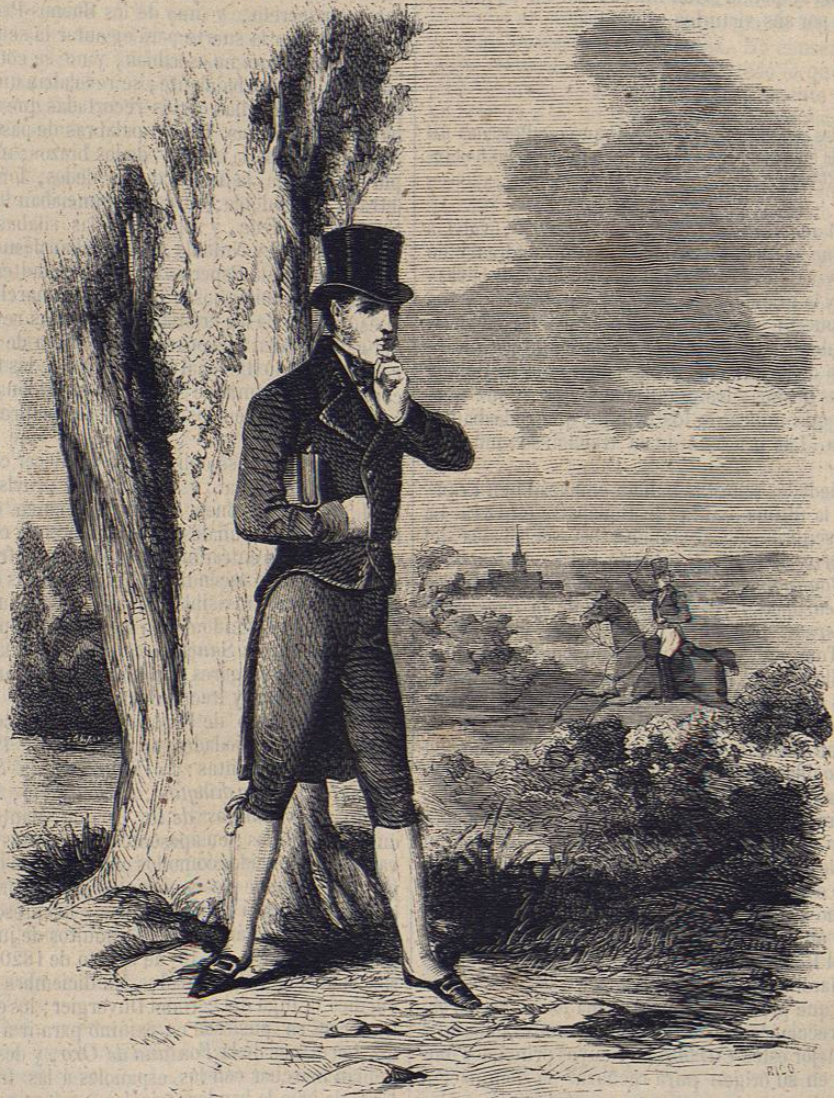
Estas Ventas, cuyos misterios eran pueriles á fin de sobreexcitar la imaginación novelesca de los candidatos jóvenes, tenían por su naturaleza latente y volcánica, bastante fuerza para quebrantar el mundo, y aplicadas al débil trono de los Borbones podían hacerlo saltar; por fortuna, el carácter francés no es adecuado á las fuerzas secretas, pues no sabemos como los alemanes, reunirnos á la luz de la luna en los ruinosos muros de algún antiguo castillo; no nos reunimos en los bosques de los Apeninos, en las cavernas bañadas por las solitarias olas del Adriático como los italianos para soñar en el porvenir; no nos retiramos como los españoles al fondo de nuestras conspiraciones y el silencio de nuestra esperanza bajo las palmeras de

Murcia la *tres veces coronada*. El puñal sobre que prestamos juramento no es sino la brizna de paja de esa feudalidad de nueva especie que nos aclimata ó nos pone en posesion de un perjurio hácia nuestros reyes; para deshacernos de un compromiso, basta romperlo y arrojárselo al suelo: *exfectuatio*.

Desde el mes de diciembre de 1820 hasta el 16 de marzo de 1821, se derramaron muchos caudales, se estableció una comision militar, se apeló á las armas y abortaron los reconocimientos del general Berton;

los departamentos del Occidente y del Mediodia se vieron minados por los conspiradores, ocurrió el asunto de Belfort, los soldados se vieron sorprendidos cuando bajaban armados, pero todo esto se dispó prontamente. El general Lafayette huyó despues de haberse mostrado por un momento.

En Joigny se verificó la misma maniobra. Cugnet de Montarlot y un oficial de la antigua guardia, hicieron varios alistamientos en la frontera de los Pirineos. En Marsella y Tolon se hicieron preparativos para



CHATEAUBRIAND EN GANTE.

marchar sobre París. Vallée fue cogido y ejecutado; era portador de un escrito cortado en sesenta y tres pedazos. Delon y Sirejeau en Saumur, fueron condenados á muerte. La parte oriental de la Francia debía sublevarse, y un ex-general que respondia del buen éxito de la empresa, recorrió varias provincias y distritos municipales.

En Strasburgo se agitaron algunos cabos y sargentos, y se fundó una Venta en el 45 de línea. Este regimiento salió de París para la Rochela el 21 de enero; pero la conspiracion continuó en el camino y en

la misma Rochela. Al pié de una lista de los nombres de los conjurados se leia: *La sangre pide sangre*, y mas abajo se leian estas palabras: *Puñal, Muerte*. Bories subió al patíbulo. Educados en las Ventas de París, sus compañeros, mudos y consternados se formaron en fila á su paso: sangre generosa, inútilmente derramada é inútilmente deplorada, y á la gloria prometia su brillo en nuestras fronteras.

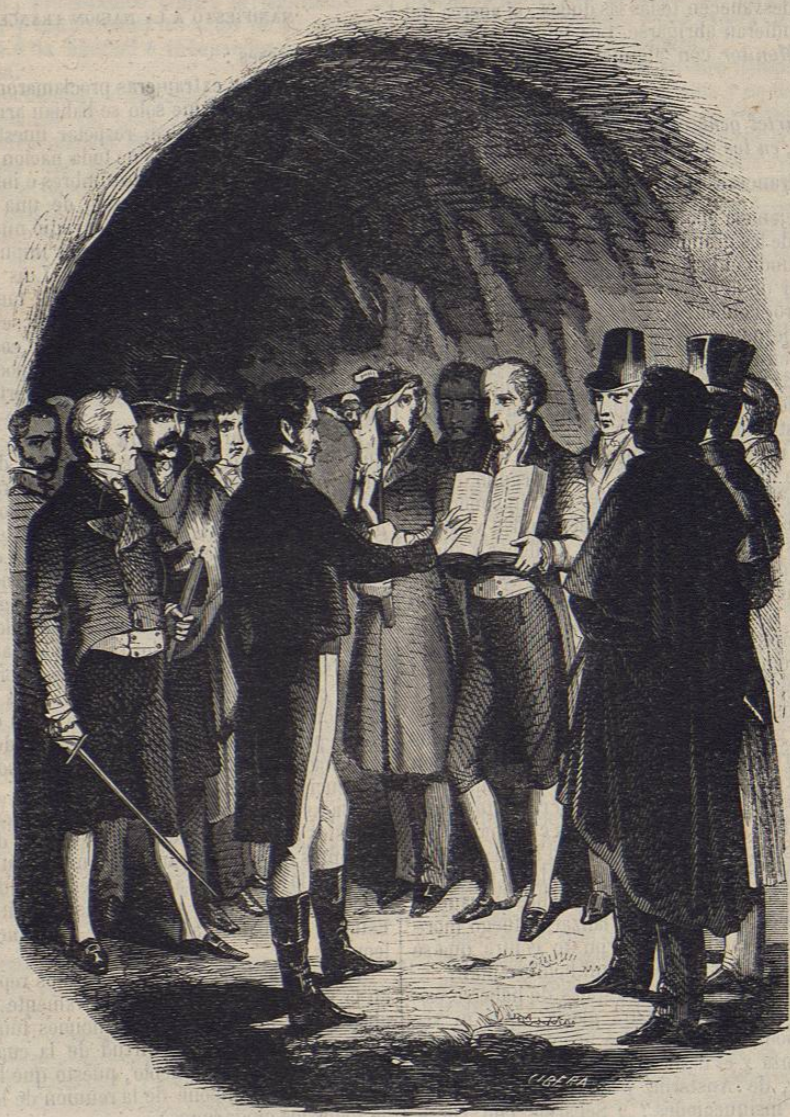
Doloroso ciertamente es que todos los partidos tengan hoy tumbas, y que casi ninguna de estas atraiga la veneracion completa de los hombres. Toda sociedad

á quien se intenta matar, mata; represalia natural; pero cuando ha pasado el momento de la conspiracion, no queda ya sino un puñado de ceniza, y como nada ha mejorado en la sociedad vengada, quédale luego la amargura.

Muchos años hacia que la España se habia asociado á nuestras facciones, y habia tomado no se sabe por qué, partido contra la legitimidad; habiase apresurado á imitar nuestras constituciones que, sin embargo no le habian ocasionado sino desventuras. ¿Amaremos

acaso las adversidades por la única razon de que parecen hacernos célebres? El estruendo subyuga la razon humana, y la ilusión de la fama nos despoja del buen sentido.

Hemos visto ya las diputaciones de nuestras Ventas en los asociados de la *Fontana de oro*, y sus tenebrosos trabajos en nuestro cordon sanitario. El *Observador español* en su número correspondiente al 1.º de octubre de 1822, aun antes de la apertura del congreso de Verona, estampaba las siguientes palabras:



JURAMENTO DE UN COMUNERO.

«La espada de Damocles, suspendida sobre la cabeza de los Borbones, caerá muy pronto sobre ellos. Nuestros medios de venganza son de todo punto evidentes. Además del valiente ejército español, ¿no tenemos en ese ejército sanitario diez mil campeones de la libertad prontos á unirse á sus antiguos oficiales y á volver sus armas contra los opresores de la Francia? ¿No tenemos mas de cien mil de estos campeones en el interior del reino, de los cuales veinte y cinco mil por lo menos estan en el ejército y mas de mil en la Guardia Real? ¿No tenemos en nuestro

apoyo ese odio iracundo que las nueve décimas partes de la Francia profesan á los tiranos?»

En el mismo número del 9 de febrero de 1823, se trata de *infame* al gobierno de Luis XVIII, y se dice que un general francés en situacion de cuartel escribe que *el primer cañonazo disparado contra los españoles, será la señal de la caída de los Borbones*. Luis XIV hizo la guerra en la Holanda por injurias menos amenazadoras. Algunas cartas interceptadas descubrieron el plan: tratábase de formar regimientos bajo el pabellon tricolor, y proclamar á Napoleon II.